Lucidez y *velocidad* ESTÁTICA

ENTREVISTA

Julián Herbert

Gerardo Covarana

Pienso aunque sea un granito sobre una caja de CD nada la cartera otra vez pero si ya la revisé algo en un cajón y ese chillido otra vez no te quejes es como si te alcanzara o te jalara o te hundiera como nadando al otro lado de la vida". ("Una tableta en el fondo de una caja").

Estas líneas pretenden transmitir estados distintos que generan sensaciones de lucidez, velocidad extática y vértigo de estar absolutamente detenido. Es el caso de la lectura, la escritura, la bastísima soledad del mundo y la cocaína, enumera Julián Herbert.

Los 16 relatos, breves en su mayoría, vienen de la experiencia directa del consumo, pero no pretenden ser testimoniales, informativos o periodísticos, sino revelar el sentido de la sociedad, la cultura y el espíritu de la gente mediante una prosa precisa. Una apuesta grandilocuente, pero, desde su perspectiva, quiere ser humilde.

Con el subtítulo de *Cocaína (Manual de usuario),* Herbert quiso reflejar el sentido comercial de la vida cotidiana de los mexicanos, la realidad inmediata, donde la cocaína está inmiscuida constantemente. Desde la vivencia pretendió hacer un registro de costumbres y criticar la cultura establecida. En partes, resulta provocador por práctico:

"Señalaremos que la mejor mercancía posee un olor semejante al de la orina; que el rendimiento y la calidad serán superiores cuando la textura del producto sea compacta, maleable y muy seca; que pueden presentarse accesos de angustia si el corte incluye ansiolíticos; y que si una gota de saliva hace espumar la sustancia, más vale tirarla por el caño". ("Manual de usuario")

Desde el epígrafe "O such a perfect day/ you just keep me hangin' on", de Loud Reed, Herbert no quiso sacarle la vuelta a la referencia inmediata de *Traisnpotting*, de Irving Welsh, y a la vertiente de libros que tienen que ver con las drogas y que lo han inspirado, como *Ciego de nieve*, de Robert Sabbag, *Los paraísos artificiales*, de Baudelaire, e *Historia general de las drogas*, de Antonio Escohotado.

Sin embargo, los autores más presentes en los textos, a la manera de Herbert, y que no son precisamente de temáticas sobre drogas, son Julio Cortázar con *Un tal Lucas*; Hernan Melville, con *Moby Dick* y Juan José Arreola, con su cuento "Baby HP".

Para Herbert, el libro no quiere sacralizar el atasque en una utopía de violencia y desmadre, "en la cabina de la ambulancia podemos acceder a un montón de material: Darvon para sacarle la vuelta a los dolores, Tafil para la cruda, Rytalin o Lantan para echar en la cerveza, Rybnol para que la luz del día no brille tanto, Diazepam para cuando traes turno de noche y quieres dormir bien por la mañana. En la ambulancia conocí, además, la cocaína" ("Vive sin drogas (II). Una canción desde los hospitales"); no es tampoco un viaje de placer, "uno tiene que peinarse con cuidado, el ardor de los huesos rezuma en el cráneo como una fuente de malos deseos, y lo único bueno que puede pasarte es que consigas conciliar un par de horas del más amargo sueño" ("Pedro Infante y Jimmy Dean están muertos"); es el afán de buscar la lucidez, pero no a la manera de Blake, "el camino de los excesos conduce al palacio de la sabiduría", sino como lo propone Octavio Paz: "los vicios se practican no por búsqueda de placer sino por ascetismo".

Por eso a Herbert le interesa hablar del fastidio que el consumo provoca en la vida de las personas que conocemos, que se dedican al trabajo y a una "sana vida familiar".

Personas que como él consumieron por la necesidad de distanciarse de emociones difíciles de manejar, por vivir el desprendimiento que aísla y permite ver las cosas con distancia, y que abandonaron, en algunos casos, tal vez, al darse cuenta que esa sensación de lucidez se volvía aburrida, terrible, como pasa con las experiencias de decadencia.

Es la visión ascética de Herbert, según explica, con la que explora a través de la cocaína la necesidad de entender las cosas, la sensación de carencia y la desesperación, las cuales, después de todo, no solo tienen que ver con las drogas, sino con vivencias que conmueven y son adictivas, salvadoras y destructoras, "poco a poco nos acoplamos. Me sentía tan a gusto que esperé un largo rato después de que ella terminó. Mina siguió moviéndose casi con furia y, cuando me supo al borde de la eyaculación, puso su lengua en mi oreja y apretó mi cadera entre sus muslos. Me dijo en un susurro: —Ya verás, cabrón, como ahora sí te enamoras. Porque sólo yo tengo tu medicina".

La intensidad del mundo es así, plantea Herbert. Confirmarlo o refutarlo depende de lo que el lector encuentre entre líneas. ✻

BLOC DE NOTAS

Herbert escribió la primera versión del libro en dos semanas, en 1998. Después de añadiduras y desechos, el año pasado decidió meterlo a concurso. Ganó el V Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola, que organiza Cultura UDG. Lo presentó en la FIL pasada bajo el sello andaluz Almuzara. Es primera vez que la obra ganadora del concurso aparece en coedición. Tiene distribución en toda América y España, cosa que no sucedía antes.

El autor habla de su libro que ganó el V Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola. Da suficientes detalles sobre cocaína, manos sudadas y espíritu